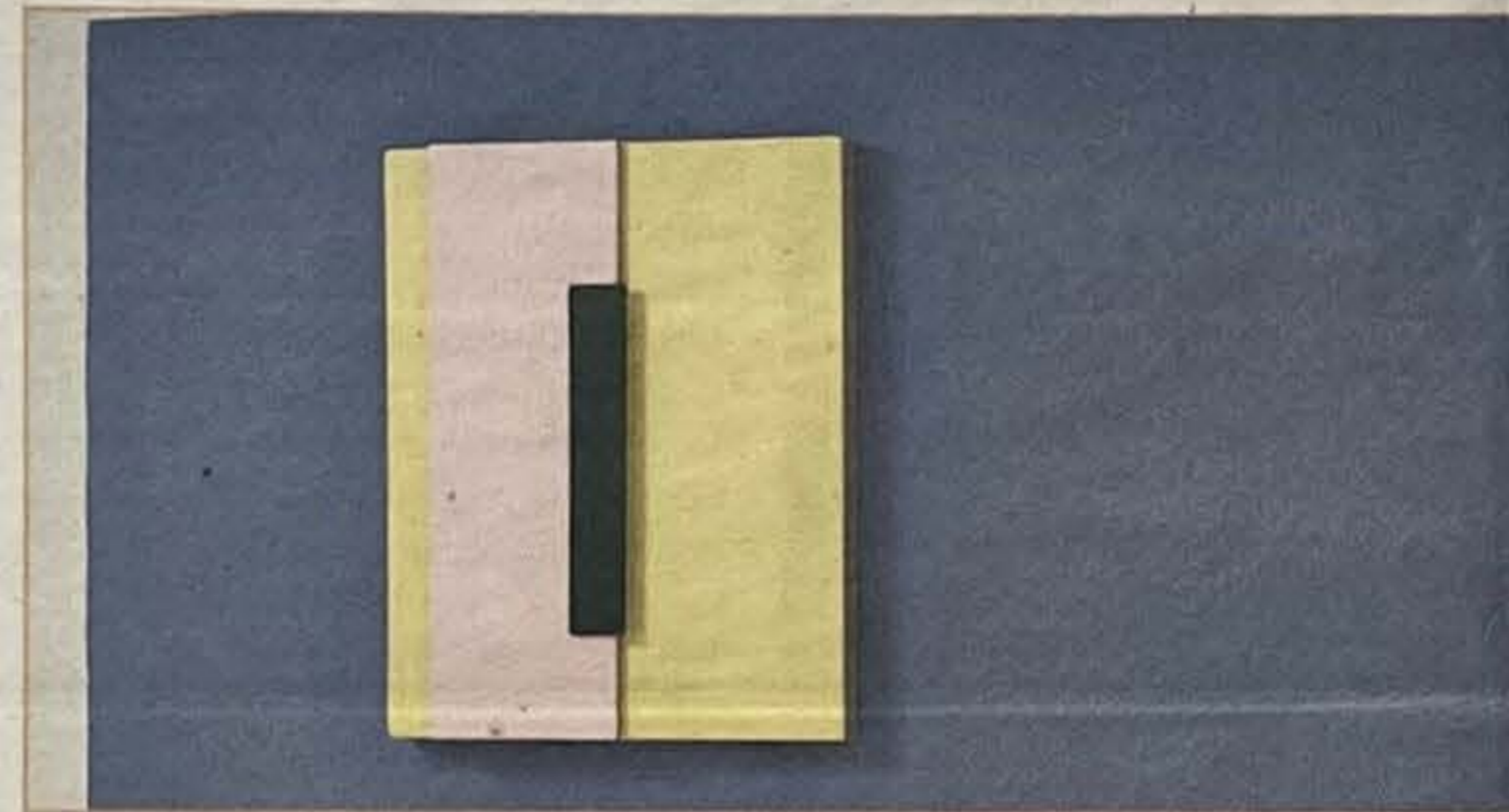
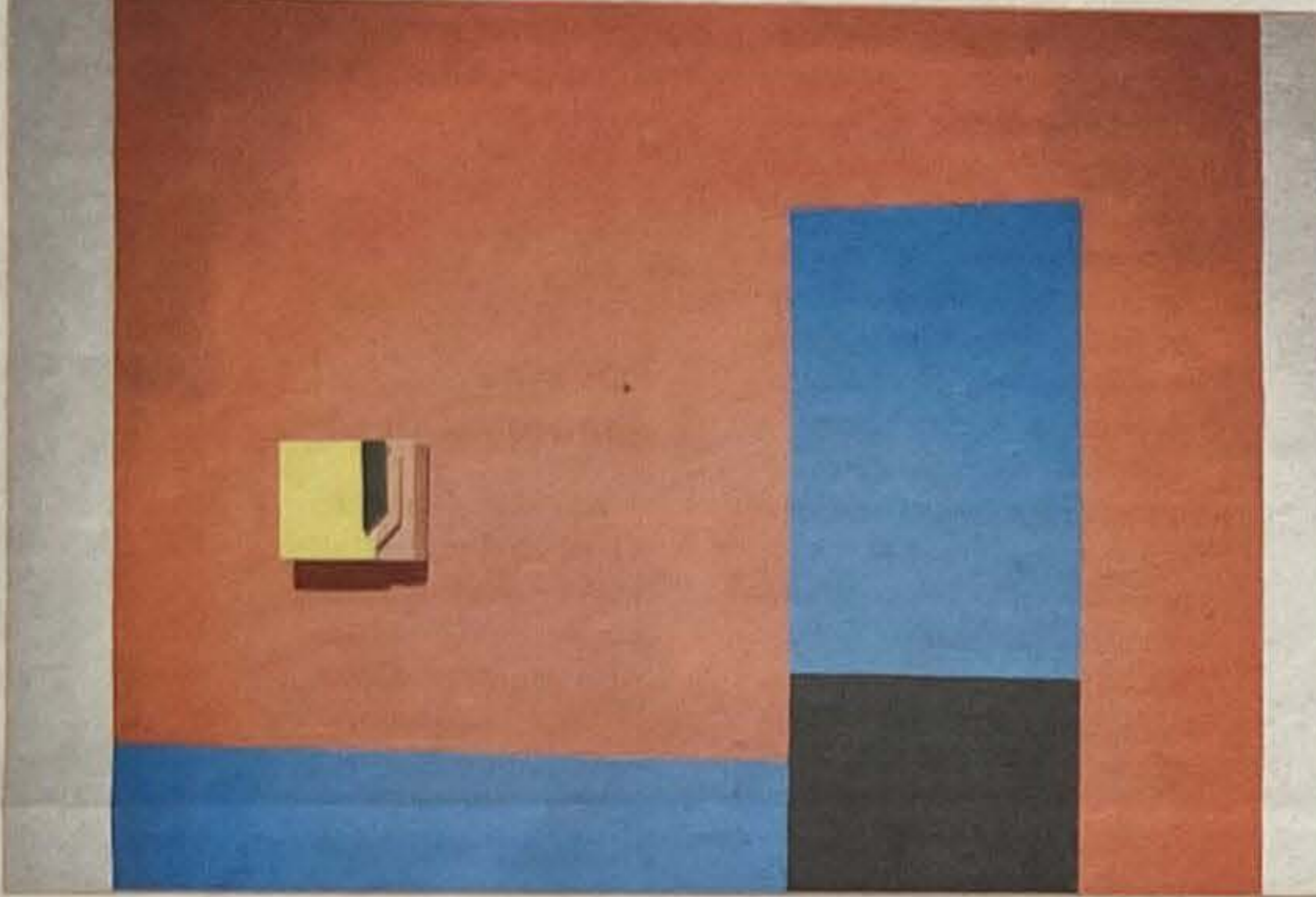
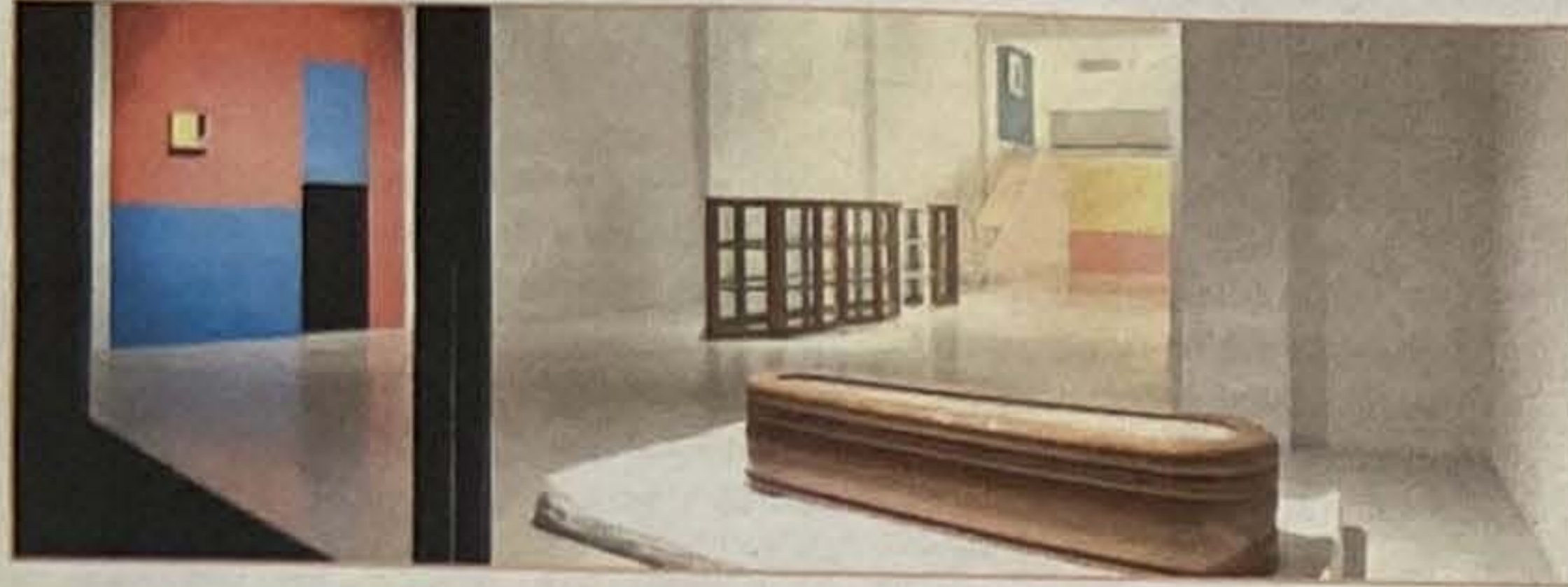


La sala Bibli, en Santa Cruz de Tenerife, acoge hasta el 31 de marzo la exposición *Tinnitus*, de los artistas José Herrera y Luis Palmero, en la que ambos artistas exploran en los signos que han constituido la base de su actividad plástica a lo largo de su trayectoria. Las fotografías que acompañan este artículo son de Efraín Pinto (obras) y Sergio Acosta (autores).



RAFAEL-JOSÉ DÍAZ

Tinnitus, exposición de José Herrera y Luis Palmero. Bibli, Santa Cruz de Tenerife, del 17/2 al 31/3/2017.

La memoria, la máscara, la música, la muerte

Al visitar el otro día la exposición *Tinnitus*, de José Herrera y Luis Palmero, recordé una película de Max Ophüls que me ha obsesionado desde que la vi. Se trata de *El placer*, de 1952, basada en tres cuentos de Maupassant. Recordé, sobre todo, la primera parte, es decir, la primera de las películas dentro de la película. Cuenta la historia de un hombre que aparece enmascarado una noche en un baile; baila con entusiasmo, pero con torpeza y, al poco rato, se desmaya; el médico que lo atiende descubre, al quitarle la máscara, que se trata de un anciano. Lo lleva hasta su casa y allí la mujer del anciano le cuenta, minuciosa, la triste verdad: su esposo había sido de joven un apuesto seductor y no acep-

taba ahora el paso del tiempo; iba a los bailes enmascarado para simular un pasado que sabía perdido hacía mucho. Lo importante aquí, y acaso la razón de mi recuerdo, es, más que la trama, la sucesión de velos con los que ese extraño personaje, a caballo entre el placer y la vejez, se separa y se apega a la realidad: la memoria, la máscara, la música, la muerte. Todas esas ventanas y espejos, atriles y columnas, encajes y barandas a través de los cuales narra Ophüls lo inenarrable, es decir, la pasión y el encuentro con la rosa de cenizas, las melodías arrasadas de la juventud, las caricias al borde de la inexistencia, la danza de la muerte en medio de la vida, que representan,

en cierto modo, la distancia que se interpone entre la verdad y su representación, entre el trauma y la conciencia. También aquí, en esta apasionante exposición, se produce el desgarramiento entre el abismo y los filtros que sirven para hablar de él, en primer lugar, la gran cristalería hacia la que los viandantes desvían su mirada para sorprender a su través un espacio vacío, blanco, un ataúd sin cuerpo colocado sobre unas sábanas, una pared pintada con un rojo intenso en la que se abre una puerta que da a un mar de un negro inapelable, una extraña construcción vermicular formada por repisas de cristal atrapadas en módulos de madera con forma de ven-

tana, y todo lo demás, las otras piezas del fondo, que se van descubriendo poco a poco, como a través de capas de silencio que se atenúan o adensan a medida que avanzamos. Capas y capas, como gasas finísimas, como sábanas transparentes que deben levantarse para mirar incluso en las paredes del fondo, donde ha venido a instalarse la pintura hecha espacio, no sé bien si habitable o turbador. Después de muchos años, rezuma esta exposición algo que podría denominarse *encanto de la descreencia*. Por dos caminos muy distintos han llegado ambos artistas a una misma conclusión: no hay revés para la vida, salvo que por revés se entienda la trans-

parencia de unos cristales que se superponen en un espacio tubular o el fasto de unas franjas iridiscentes que se interrogan desde su radical alteridad cromática. Surge aquí, me parece, una pregunta que es muy difícil de plantear pero acaso bien fácil de contestar (si es que fuera necesario hacerlo). No intentaremos plantearla, pues fracasáramos, pero lo que nos espera detrás de la respuesta es el silencio de los abismos -al menos interiores- en que todos nuestros afanes quedan subsumidos. No es solo el cristal frío ni las paredes de colores helados, no es solo la madera con su reluciente acabado ni las tablas pintadas de

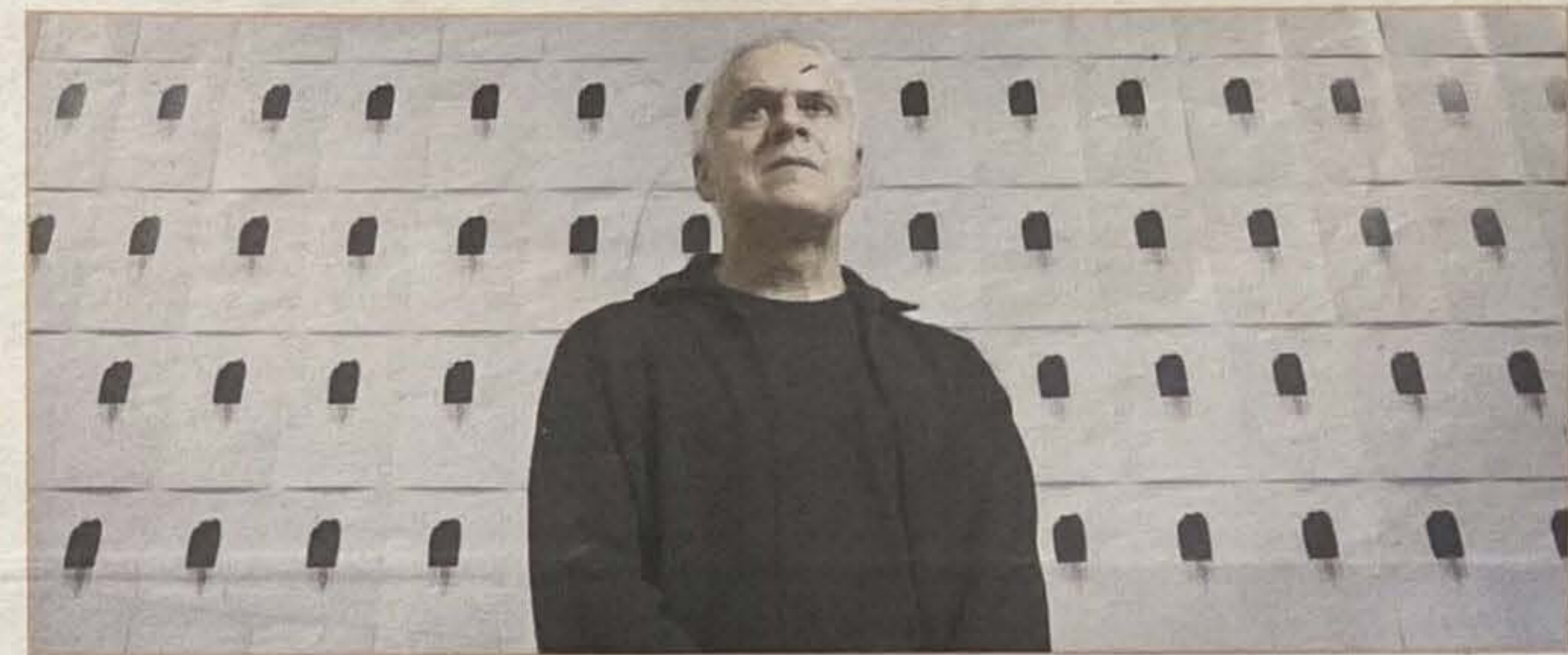
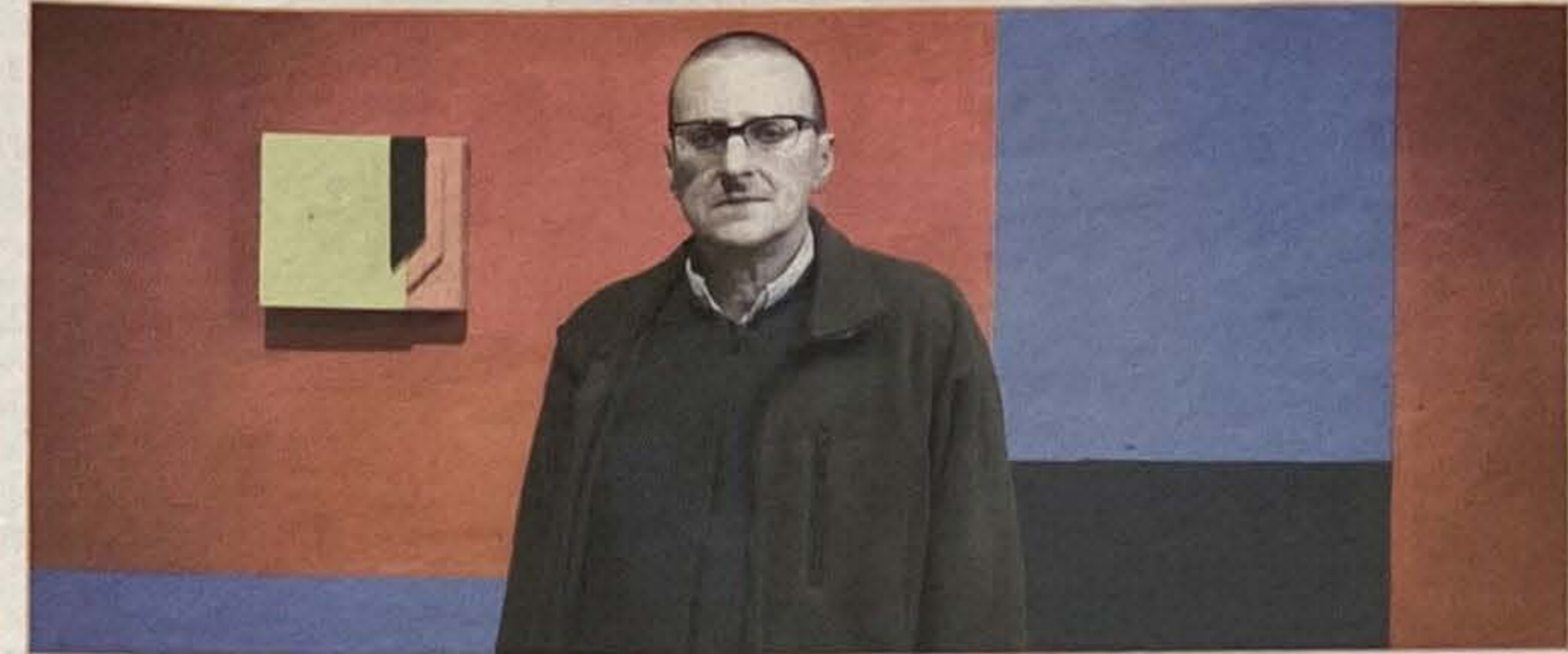
AL DETALLE

Los artistas

Luis Palmero (Tenerife, 1957) Desde las primeras exposiciones de Luis Palmero, hacia finales de los 70, su trabajo ha estado marcado por una vocación minimalista entregada a la pintura, de gran carga poética y con constantes reflexiones sobre sus límites. Su obra está presente en el Museo Centro de Arte Reina Sofía (Madrid), IVAM (Instituto Valenciano de Arte Moderno), TEA Tenerife Espacio de las Artes, CAAM (Centro Atlántico de Arte Moderno), Colección Testimonio La Caixa (Barcelona), Fundación Helga de Alvear (Cáceres) y la Colección Los Bragales, entre otros.

José Herrera

(Tenerife, 1956) Su proceso estético se basa en la utilización de formas sencillas, expresando ideas neoconceptuales. En sus instalaciones, de estructuras mínimas, encuentra en la pared el punto de apoyo y de referencia, acerca de la cual organiza los objetos. Este artista de expresión minimalista, puede en un mismo gesto negar e imponer su obra. La obra de José Herrera se encuentra en las colecciones del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (Madrid), Fundación La Caixa (Barcelona), Banco de España, Museo Patio Herreriano (Valladolid), CAAM Centro Atlántico de Arte Moderno (Las Palmas de Gran Canaria) y TEA Tenerife Espacio de las Artes, entre otros.



matices de la exterioridad y la interioridad que tan bien conjugan en esta exposición: es la suma de cristal y cristal, espejos que se multiplican hasta el vacío de la imagen, la conjunción de pared y pintura, de color y color, rojo y negro, de suelo y pared y cristal y madera, de sábanas y hielo y abrasadora memoria traducida en imágenes que se multiplican con precisión casi cabalística. Extrañamente, esta proliferación de la respuesta a la difícil pregunta no abarrotó el espacio: lo desocupa, deja paso, proporciona rendijas por las que cada uno de nosotros desliza su mirada o su cuerpo. Incluso entre sábana y sábana, entre cada una de las más de doscientas sábanas de *Espacio para el tiempo* podríamos intentar deslizarnos para pasar a través de esa respuesta tan fácil a la difícil pregunta. Aquí todo se entreabre. Lo abierto está cerrado, pero lo cerrado está abierto. Es fácil de decir y difícil de entender. Estos artistas tienen ya sesenta años. No se

espera de ellos una revolución, ninguna rebeldía y mucho menos la fulgurante energía de quienes dan sus primeros pasos en el mundo de la creación. Se espera de ellos que sean capaces de reinventarse, de naufragar, de desdecirse. Se contemplan sus obras como la revelación de una verdad íntima macerada durante mucho tiempo. Nos

Rezuma esta exposición lo que podría llamarse 'encanto de la descreencia'

regalan ahora su *interior bodega*, lo atesorado en todos estos años, las encantadoras primicias de su descreencia. Son artistas esenciales, al menos para unos cuantos de nosotros, quiero decir que su forma de mirar y de sentir nos ha servido a algunos de espejo en el que miramos en diferentes momentos de nuestras vidas. Nos apasionaba en uno la serena claridad de un pai-

aquí ruido alguno porque lo que puede escucharse está muy adentro. Las sábanas han sido superpuestas una a una y ese proceso, cuyo resultado contemplamos en silencio, dejó incorpóreos compases en el aire que ahora resuenan como ecos perdidos en la mente de quien contempla. Los cristales vibraron, fueron ensamblados a la madera, se articuló la obra y se encerró su sonido, su aliento, en el inaccesible interior que ahora nos refleja. Estamos dentro y fuera, lo mismo que podemos imaginarnos entrando en esa casa que tiene ya casi las dimensiones de una terraza de Luis Barragán y saliendo al otro lado, frente a un mar que se quedó de pronto sin horizontes. Rosa y negro, verde y rojo, azul y naranja, blanco y amarillo: con esos colores nuestra vida accede a la ficción de la vitalidad y parece que nos sirvieran para dejar de escuchar las voces que una y otra vez nos rondan. Eso no, eso no, eso no. En la fantasía ciega de esos colores la voz se despuebla de sí misma. Saltamos sobre las infamantes olas de la pérdida y un mundo de calma sin clamores nos acoge un instante. Ahora sí: olvidamos todo sinsabor. *Sin sabor. Sin sabor. Sin sabor.*

Pocas veces se ofrece en nuestro limitado territorio la oportunidad de disfrutar de una exposición tan bien pensada, tan deslumbrante y a la vez tan abierta a múltiples interpretaciones. Es verdad que se le pueden poner reparos o que nos podemos sentir más o menos conectados con determinadas propuestas. Es imprescindible que el espectador discuta con lo que ve. Ahora bien, en condiciones ideales, es decir, en el silencio y la soledad que esta muestra exige, las piezas están ahí para llevarnos a meditar sobre nuestro propio estar en el mundo, el de cada uno de nosotros, sobre nuestra relación con quienes hemos sido y con quienes somos. Espacio y tiempo, hubiera dicho Juan Ramón Jiménez. En esta exposición se consigue algo que muy pocas veces logramos: que la mente se contemple a sí misma.